

ARZOBISPO

Ricardo Blázquez Pérez

Evocación de Juan Pablo II

Febrero de 2011

El 1-5-2011 será beatificado el papa Juan Pablo II. Participamos todos en el gozo de la Iglesia. Para recordar la magnitud de su persona y las dimensiones colosales de su ministerio de pastor de la Iglesia católica, recojo aquí la evocación que fue publicada en 2007 en el libro Juan Pablo II. Mi amado predecesor, de Joseph Ratzinger. Benedicto XVI (Ed, san Pablo, Madrid 2007, pp. 5-30), siendo yo presidente de la Conferencia Episcopal Española.

«En la luz de Cristo resucitado de entre los muertos, el 2 de abril del año del Señor 2005, a las 21:37, mientras concluía el sábado, y ya habíamos entrado en el día del Señor, Octava de Pascua y domingo de la Misericordia divina, el amado pastor de la Iglesia, Juan Pablo II, pasó de este mundo al Padre. Toda la Iglesia acompañó en oración su tránsito, especialmente los jóvenes». Así empieza el Rogito, la escritura notariada que recuerda fehacientemente la vida y las obras más importantes del Papa fallecido¹.

Cuando la muerte sella definitivamente la vida de una persona, la mirada retrospectiva intenta ordenar los recuerdos buscando las claves y el sentido de la trayectoria vital concluida. Repasamos con agradecimiento su largo, intenso y fecundo pontificado. Juan Pablo II desarrolló en los últimos decenios del siglo XX y en los primeros años del tercer milenio, en una encrucijada histórica de la Iglesia y de la humanidad, un protagonismo reconocido por todos. Las dimensiones de su pontificado son grandes por la multitud de acontecimientos relevantes en los que ha tornado parte, por su aportación decisiva, por las numerosas iniciativas de largo alcance que puso en acción, por la hondura de las reflexiones que acompañaban a sus actuaciones, por las orientaciones morales que ha ofrecido a la humanidad entera.

de par en par». Todo fue una enorme sorpresa; los cardenales habían roto una costumbre, ininterrumpida desde 1523, cuando eligieron papa a Clemente VII.

La segunda imagen que conservo vivamente de Juan Pablo II es del día en que, por última vez, se asomó, o mejor, lo acercaron, a la ventana del Palacio apostólico, desde donde habitualmente se dirigía a los congregados en la plaza, con rostro dolorido. Contemplamos su agotamiento y cómo movía la cabeza buscando angustiosamente el aire para poder respirar. El "atleta de Dios", desde hacía tiempo, no podía caminar; y al final, él, el gran comunicador, no pudo ni siquiera pronunciar palabra. Es fácil suponer la contrariedad que significaría para él el deterioro progresivo de su salud manifestado en el bastón, la plataforma móvil, la silla de ruedas, el pañuelo en el atril para evitar que se le cayera la saliva, la pizarra para escribir... También desde el sufrimiento confirmó la fe a los cristianos y dignificó a los ancianos y enfermos. Su cruz fue "cátedra" para proclamar el Evangelio del dolor salvífico, de la esperanza y del amor de Dios a los hombres.

Los últimos meses, y singularmente las últimas semanas, han mostrado la dimensión doliente que apareció pronto en su ministerio y fue compañera inseparable del testimonio del Señor con que iba confirmando a sus hermanos en la fe. No ha sentido rubor para manifestarse ante la faz del mundo, hoy posible por los medios de comunicación, en sus limitaciones, en su creciente fragilidad, en su dependencia corno anciano y en el rictus de dolor de su rostro. La fe y obediencia al Señor, en que se asentaba su vida y de donde tomaba origen su actividad, le han guiado a romper los gustos del tiempo, que tienden a ocultar la debilidad, la ancianidad, la enfermedad y la muerte. Forman parte de la existencia real del hombre y del cristiano el vigor y la fragilidad, la salud y la enfermedad, la juventud y la ancianidad; con su ejemplo de normalidad redimida por la fe en el Dios de la vida y de la muerte, Juan Pablo II ha terminado interrogando a nuestra civilización por el puesto que reconocemos a los ancianos y enfermos.

Dos imágenes: una a los 58 años, pletórico de vitalidad, iniciando el ministerio petrino como obispo de Roma; y otra, agotado, a punto de cumplir los 85. En medio de las dos fechas transcurre uno de los pontificados más largos de la historia, 26 años, ejercitado con dedicación intensa, poniendo en marcha grandes iniciativas y superando récords constantemente. Llama la atención en cuántas ocasiones se ha

«Bajo su guía, la iglesia se acercó al tercer milenio y celebró el gran Jubileo del año 2000 según las líneas indicadas por él en la Carta Apostólica Tertio millennio adveniente».

«Entre sus principales documentos, se encuentran 14 cartas encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas, además de las catequesis impartidas en las audiencias generales y los discursos pronunciados en todas las partes del mundo».

Juan Pablo II ha acompañado a la humanidad, como pastor de la Iglesia universal, en todos los lugares en que estuviera en juego la dignidad de los hombres y mujeres, sabiendo descubrir sus amenazas con lucidez en todos los pliegos de la humanidad en el pasado, en el presente y de cara al futuro. No es extraño que su liderazgo moral haya sido reconocido por parte de los cristianos, de los creyentes de otras religiones (recordemos cómo en Asís, en la Jomada Mundial de oración por la paz, el 27-10-1986, defendió que la fe en Dios es incompatible con la violencia y la guerra, ya que Dios se define a sí mismo como el Dios de la paz) y de todos los hombres que trabajan por un futuro de respeto, de paz y de esperanza para la humanidad entera.

Me permito recordar ahora lo que Juan Pablo II nos dijo al obispo auxiliar Mons. Carmelo Echenagusía y a mí en la visita *ad limina*, después de habernos preguntado sobre nuestra colaboración en los trabajos por la paz en Euskadi y de haberle contado nosotros qué veníamos haciendo : "Muchas gracias; continúen actuando así".

Todas las causas auténticamente humanas han encontrado eco y compromiso en Juan Pablo II. Las jornadas mundiales de la paz; la defensa de la familia frente a las asechanzas que padece y la invitación a custodiarla como un tesoro; la protección de la vida humana desde su amanecer en el seno materno hasta su ocaso natural; la defensa de los pobres y la necesidad de que se les abran vías de esperanza; la invitación a cuidar a los ancianos; la proximidad a los jóvenes, a los que nunca regañó y a los que siempre encaminó a exigentes metas de realización humana y de seguimiento de Jesús en la vocación a la que Él llama a cada uno; la presentación del trabajo en su rica dimensión humanizadora, la fuerza sanadora del perdón, etc. Todas las grandes realidades humanas han hallado en él apoyo y estímulo; han sido asumidas, pensadas y compartidas, dejando su sello personal en el enfoque, en la orientación

mayores que algunos especularon con un filón milenarista en Juan Pablo II. En la Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente*, 23, escribe: «*El pontificado actual, desde el primer documento, habla explícitamente del Gran Jubileo... De hecho, la preparación del año 2000 es casi una de sus claves hermenéuticas*».

Llama la atención en Juan Pablo II la visión grandiosa de la historia de la humanidad, en que está presente el ministerio de Cristo. El mismo Dios en su providencia ha puesto límites al poder del mal. El reconocimiento de Dios y el respeto a la dignidad del hombre van íntimamente unidos, ya que el hombre es imagen de Dios.

Otra clave del largo pontificado, hace un par de años concluido, es la recepción, asimilación, aplicación y realización del Concilio Vaticano II, en que participó dos períodos como obispo auxiliar de Cracovia y los otros dos como arzobispo, interviniendo muy activamente, El Padre H. de Lubac, que lo conoció en un grupo de trabajo sobre la futura constitución *Gaudium et spes*, impresionado por sus intervenciones, lo soñó como futuro papa. En su primera encíclica hay muchas referencias al Concilio en que el Espíritu Santo habló a iglesia (cf. n. 3). Y él recibió «*con viva gratitud*» la obra del Concilio Vaticano II (n. 5). En *Tertio millennio adveniente* une las dos perspectivas, la del Jubileo y la del Concilio: «*Se puede afirmar que el Concilio Vaticano II constituye un acontecimiento providencial, gracias al cual la Iglesia ha iniciado la preparación próxima del Jubileo del segundo milenio*» (n. 18); e insiste más adelante: «*Con el Vaticano II se ha inaugurado, en el sentido más amplio de la palabra, la inmediata preparación del Gran Jubileo del 2000*» (n. 20). En la parte del Testamento escrita en el año 2000 consignó: «*Al encontrarme en el umbral del tercer milenio in medio Ecclesiae, deseo expresar una vez más mi gratitud al Espíritu Santo por el don del Concilio Vaticano II... Estoy convencido de que las nuevas generaciones podrán servirse todavía durante mucho tiempo de las riquezas proporcionadas por este Concilio del siglo XX... Doy gracias al Pastor eterno, que me ha permitido servir a esta grandísima causa en el curso de todos los años de mi pontificado*». Es decir, realizar el Concilio preparando el paso de la Iglesia al tercer milenio ha constituido para Juan Pablo II el sentido de su ministerio petrino. Por eso, en el transcurso del año 2000 se preguntó, como consta en su Testamento, si no podía decir ya con el anciano Simeón «*Nunc dimittis*». No se trataba de pensar en anunciar la renuncia al ejercicio del ministerio petrino, sino de agradecer a Dios que le ha concedido cumplir la tarea que había recibido de su designio providencial. Una prueba

que fuera elaborado "un catecismo o compendio de toda la doctrina católica" que sirviera como punto de referencia para los catecismos de los diversos lugares.

La articulación de la doctrina conciliar en las claves de misterio, comunión y misión ha sido posteriormente seguida como una adquisición pacífica en otras asambleas sinodales, que han sido instrumentos muy eficaces en la recepción del Concilio Vaticano II. Véanse las exhortaciones apostólicas del Sínodo sobre los laicos celebrado en 1987 (*Christifideles laici*), sobre los sacerdotes en 1990 (*Pastores dabo vobis*), sobre la vida consagrada en 1994 (*Vita consecrata*) y sobre los obispos en 2001 (*Pastores gregis*). Esta exhortación apostólica fue entregada a la Iglesia justamente el día 16-10-2003, al cumplirse los veinticinco años de la elección de Juan Pablo II. No se puede en absoluto decir que ha habido retroceso; ha existido ahondamiento, clarificación y promoción del Concilio en estos decenios. El Vaticano II continúa siendo una brújula para la Iglesia en este tiempo.

Las tres perspectivas conciliares —misterio, comunión y misión— reconocidas unánimemente por el Sínodo de 1985, junto con los tres núcleos de la vida y misión eclesiales, a saber, el Evangelio, los Sacramentos y la Caridad, presentados de manera constante y sistemática por el Concilio Vaticano II, son las coordenadas para situar y comprender la doctrina conciliar sobre la Iglesia. Aquellas perspectivas conciliares y estas dimensiones inseparables de la actividad eclesial han ofrecido frecuentemente la articulación a documentos magisteriales y a escritos teológicos y pastorales, como actas sinodales de diócesis y exhortaciones apostólicas. Por ejemplo, la exhortación *Ecclesia in Europa* de la II Asamblea especial del Sínodo de los Obispos celebrada en 1999 ha distribuido su contenido en la parte central siguiendo el esquema del Concilio, con las expresiones: «*Anunciar e Evangelio de la esperanza, celebrar el Evangelio de la esperanza y servir al evangelio de la esperanza*».

3. Jornadas mundiales de la juventud

Yo guardo un recuerdo inolvidable de la IV Jornada Mundial de la Juventud, que tuvo lugar en

cientas jóvenes que han llamado a las puertas del convento de clarisas de Lerma en los últimos años (unas cien cada año), la mayor parte han sentido su pregunta por la vocación en algún encuentro con Juan Pablo II, según ha comunicado una religiosa de ese convento. Innumerables jóvenes del Camino Neocatecumenal han sentido el primer impulso o han fortalecido la decisión al sacerdocio ministerial o a la vida consagrada en estas jornadas de la Juventud.

Cuando estaba en el lecho de muerte, comunicaron a Juan Pablo II que se habían reunido muchos jóvenes en la plaza de San Pedro, lo que escuchó con gran satisfacción. Y él comentó para que se lo transmitieran a los jóvenes: *«Os he buscado, habéis acudido a la invitación, os lo agradezco profundamente».*

¿Qué han buscado y qué han encontrado los jóvenes en Juan Pablo II? Llaman la atención, rememorando las diferentes jornadas y otros encuentros, tanto su tono festivo y gozoso como el tenor de su discurso. No los halagó ni tampoco los regañó. Les anunció a Jesucristo, el Hijo de Dios, muerto y resucitado, el Salvador de todos. El encuentro con Él ilumina internamente, cambia el corazón y reorienta la vida. Siempre les recordó la grandeza de la vocación cristiana con su atractivo, belleza y exigencias. No rebajó su excelencia ni su cruz. En los encuentros con los jóvenes, el Papa les ofreció cercanía, confianza, comprensión, gratitud, ánimo, verdad sin ambigüedades, amor sin doblez, invitación a la generosidad y al sacrificio, superación de la mediocridad, llamada a la santidad. Los jóvenes hallaron en él un padre, un amigo, un guía espiritual y un admirable ejemplo moral. Cuando faltan referentes en nuestro mundo, él fue uno luminoso para los jóvenes. Merece la pena releer sus intervenciones. Entre los cientos de miles de personas que aguardaron horas y horas en la cola para llegar a la capilla ardiente del Papa instalada en la basílica de San Pedro, estaban justamente los coetáneos de los que faltan más habitualmente en nuestras celebraciones, a saber, los comprendidos entre 1 y 40 años. Merece la pena recoger en un volumen las numerosas intervenciones de Juan Pablo II dirigidas a los jóvenes. Son interesantes por el contenido y por la manera de hablarles. La convocatoria que suscitó su muerte fue una sorpresa inmensa, un acontecimiento sin precedentes.

atinadamente unas palabras a judíos y palestinos, que desde hace tanto tiempo vienen manchando con su odio y su sangre aquella tierra sagrada y venerabilísima. Al llegar a Belén, situado en los territorios autónomos palestinos, en el discurso a Arafat y a otros les recordó cómo el pueblo palestino tiene derecho natural a una patria y derecho a poder vivir en paz y tranquilidad con los demás pueblos de la región. ¡Que Dios ilumine, sostenga y guíe al pueblo palestino en el camino de la paz! En todos se requiere disponibilidad y valor para el respeto mutuo y el acuerdo que abra la puerta a una paz justa y duradera.

Las relaciones anteriores desde la escuela de Wadowice y la solidaridad con las víctimas del holocausto abrieron las puertas del pueblo judío. Una imagen sintetiza esta relación: Juan Pablo II de pie orando junto al Muro de las Lamentaciones, en la parte occidental del templo; en un hueco de aquellas piedras milenarias dejó este mensaje: *«Dios de nuestros padres, tú elegiste a Abrahán y su descendencia para que tu Nombre fuera llevado a las gentes; estamos profundamente apenados por el comportamiento de cuantos en el curso de la historia han hecho sufrir a estos tus hijos, y pidiéndote perdón queremos empeñarnos en una auténtica fraternidad con el pueblo de la alianza»*. Este gesto fue el sello del reconocimiento por parte de la Iglesia de los "hermanos mayores" y la inflexión en una historia de sufrimientos y rechazos. Los judíos han agradecido de corazón este gesto de verdad y concordia.

¿Cómo no rememorar la imagen impresionante del Papa abrazado al crucifijo y contemplando su rostro en la extraordinaria celebración del domingo primero de Cuaresma (el día 12-3-2000), en que pidió perdón por los pecados de los cristianos, ya que muchas veces a lo largo de la historia hemos hecho lo que el Evangelio repreueba? Petición de perdón por los pecados en el servicio de la verdad y por los que han comprometido la unidad; por los pecados en relación con Israel; por los pecados contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, de las culturas y de las religiones; por los pecados que han herido la dignidad de la mujer y la unidad del género humano; por los pecados en el campo de los derechos fundamentales de la persona. Para pedir perdón se requiere humildad y valor; o mejor, la valentía que otorga la humildad.

La petición de perdón es condición requerida para la "purificación de la memoria" de la Iglesia, y

Pablo II en una evocación caben subrayados subjetivos y el lenguaje de las imágenes, que es una vía muy apta para sugerir la trayectoria de Juan Pablo II, tan proclive a la comunicación por gestos claros y elocuentes palabras pronunciadas en relevantes contextos celebrativos.

NOTAS:

[1] Juan Pablo II, *Testamento espiritual*, Belacqua, Barcelona 2005, 20.

[2] *Testamento espiritual*: Notas de los Ejercicios Espirituales del año 2000 y otras sin fecha (cf. ibíd., 25, 26 y 29).

[3] *Testamento espiritual*, 20.

[4] Cf. Henri de Lubac, *Diálogo sobre el Vaticano II*. BAC, Madrid 1985, 54.

[5] *Testamento espiritual*, 30.

[6] ibíd., 20.

[7] ibíd., 26.

[8] Entre los síntomas que apuntaban a una marcha atrás, según algunos, situaría el *Informe sobre la fe* (Madrid 1985), que contiene una entrevista hecha al cardenal Joseph Ratzinger, que era prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, por Vittorio Maccari, donde expresa su opinión de que el